

ocupación constante del corazón humano y que muchos escritores han sabido expresar tan bien, desde San Agustín a Pascal; el segundo sería más bien este que describe la princesa Paribatra, y que es, en realidad, una falsificación de una tendencia muy profunda y noble del hombre.

JUAN ROGER

VISION DE CATALUÑA

Al dar cima a fatigosas jornadas de investigación, suele el pensador consciente de su obra consagrar algunos espacios de tiempo para, reposado alto en el camino, trazar balance del resultado de meditaciones y pesquisas. Vicens Vives, en plena madurez de su talento, hace en esta *Noticia de Cataluña*¹ ese balance provechoso.

Empresa de historiador ha resultado logro de sociólogo. Desde la entraña misma de Cataluña, el alma apasionadamente catalana de Vicens va ponderando en sucesiva granazón de análisis la visión de la Cataluña fronteriza en sus raíces, el papel de la tierra y del trabajo en la definición de los estilos vitales del Principado, el juego de las minorías rectoras a lo largo de los siglos, la noción pactista del poder, el sentido de la expansión mediterránea, las mudanzas radicales del quehacer colectivo y la contrapuesta e inexplicable tensión del *seny* que medita con el *prou* tajante que recorta.

Obra de gran historiador que procura atenerse a documentos, hay en el libro afirmaciones de una riqueza de matices verdaderamente extraordinaria. Hay, más que un atisbo, entera teoría de Cataluña, tan completa que, precisamente por total, adolece de faltas, algunas del calibre de los grandes aciertos. Señalaré un par de éstos, para luego indicar los reparos que el libro me merece.

Es, ante todo, digna de mérito la serie de colofones con que completa Vicens la noción del pactismo catalán. Una serie de estudiosos, encabezados por la señera figura de Torras i Bages, habíamos apuntado la tendencia en la doctrina, mas no en el plano institucional. Las Cortes de 1214, las de 1413, la concordia de 1462, las capitulaciones de Pedralbes o la constitución de la *Observança* de 1481 vienen a completar en los hechos lo apuntado en las ideas.

Otro indudable acierto reside en el profundo análisis sociológico de la importancia asumida por la casa y por la tierra en el arraigo secular del alma catalana. Hay aquí un finísimo observar de la medula social de la tradición de Cataluña. En el engarce de la casa *pairal* al *hereu* hay que buscar, tanto como en la menestralía moderada y corporativa de las urbes, la causa del *seny* que distingue a los cata-

¹ VICENS VIVES, JAIME: *Noticia de Cataluña*. Barcelona, Editorial Destino. 1954: 162 págs.

lanes. Esa inclinación fraternizante, mejor que colectivista, tan agudamente señalada por Vicens hasta durante el siglo XIX, es el resultado de haber perdurado en lo social, cuando ya había muerto en lo político, el sentido tradicional del orden político; no caer la balanza ni del lado del individuo, ni del lado del poder, ni en la masa gregaria, ni en el tirano omnipotente, sino en la constitución de una sociedad fuerte, cauce para el individuo y barrera para el gobernante. Vicens ha encontrado aquí la veta social del tradicionalismo catalán, ni más ni menos que yo la encontré en Navarra. Porque es la tendencia auténticamente catalana a buscar una ordenación natural de la sociedad con independencia del Estado, lo que separa al tradicionalismo político, sea de la democracia anarquizante, sea del totalitarismo absorbente. Cuando yo cifré en la libertad pactada el legado maravilloso de Cataluña, cuando Cataluña era, no hice, desde mi concepción carlista de las Españas, sino preludiar las siguientes palabras de Vicens: «*Un siglo de abatimiento provinciano y otro de exaltación jacobina del problema de la soberanía, erguida sobre la concepción de un pacto muy distinto del desarrollado por nuestro comportamiento social e histórico*, no han bastado para dismantelar al espíritu pactista de nuestro solar. Las revoluciones y las reacciones nos han hecho dar bandazos al compás de la oscilación de las palpitaciones europeas, ora adorando al individualismo racionalista, ora encumbrando al Minotauro. Pero después de una experiencia de ciento cincuenta años debemos declarar que *todo ello no es exactamente lo nuestro*. Lo que llevamos muy adentro no es, en verdad, ni el absolutismo, ni el liberalismo, ni el totalitarismo democrático, aun cuando pueda confundirse con algunas de estas típicas manifestaciones de los procesos políticos actuales.» Son palabras de Vicens en la página 93 de su obra, y no conozco yo otras más certeras sobre el contenido de la tradición política catalana.

Quien se tome la molestia de cotejar estas palabras de Vicens con lo que sustento en mi *Monarquía tradicional* verá coinciden por completo. Es cuestión apenas de terminología. Su siglo de abatimiento provinciano es lo que yo llamo la europeización absolutista. Su siglo de exaltación jacobina es lo que yo denomino la europeización liberal. El desengaño íntimo es la desazón de la europeización, ya que esos males nos han venido dando bandazos al compás de las oscilaciones europeas. Y nuestra esencia es lo contrario de los absolutismos, de los liberalismos y de las democracias: es un sistema de concretas libertades, plasmadas en los fueros de Cataluña, cuando Cataluña era.

Con esos dos rasgos se juzgará el altísimo valor del libro de Vicens, que abre la posibilidad de un diálogo dentro de la auténtica tradición de las Españas, por Vicens contemplada desde el ángulo de Cataluña. Y anotados algunos entre sus muchos méritos, por razones de espacio, entraré ahora en las reservas que el libro creo merece.

Será la primera su equívoco acerca de la idea de la tradición política, tanto más lamentable en quien definió magistralmente la sustancia tradicional de Cataluña, sea en lo social alrededor de la casa pairal

y de la menestralía, sea en lo político en torno al pacto fuente del poder de mando. ¿Por qué da Vicens por fenecida y considera «error de cuño tradicionalista» la restauración del pacto de gobierno? Si, como asevera repetidas veces, esa idea es la clave de la historia política catalana, ¿por qué juzgarla fracasada? ¿No equivale a echar por la borda el legado mejor de Cataluña? Que las circunstancias hayan variado del siglo XV a nuestros días afectará a las modalidades de aplicación, nunca a la idea misma. Vicens, catalán, comete aquí pecado de contrasentido. Yo, que no soy catalán, pero que quiero a Cataluña como si lo fuera, porque si no me acerqué a ella con cariño de hijo que prosigue, si me avviciné con amor de enamorado que admira sus bellezas, soy mucho más radical que Vicens es. No solamente creo que la tradición política catalana no está muerta, sino que me parece debe servir de punto de partida al giro general de las Españas.

Tan cierto es ello, que lo mejor de la generación catalana de 1901 fué haber retornado inconscientemente a la idea tradicional de Cataluña. Y digo inconscientemente porque es cabal el reproche que haré siempre a los amigos de Enric Prat de la Riba: ir a buscar en Inglaterra lo que ya en Cataluña tenían. En mi libro *Las Españas* apunté ya ese error, que ensombrece hasta anularla toda la gigantesca eficacia de aquella generación insigne. Solamente por ese afán de dar a Cataluña el «tono europeo», por decirlo con frase de Vicens en la página 77 de su *Noticia*, sin comprender que lo europeo era lo pernicioso que despeñaba al equilibrado Principado del *seny* en el abismo de las oscilaciones ultrapirenaicas (pág. 93), pudo Prat de la Riba dar en la blasfemia de sus palabras de 1908 ante doña Victoria de Battemberg: presentar a Inglaterra por cuna de las libertades. Porque las libertades, o sea lo opuesto a la libertad revolucionaria, tienen su cuna en Barcelona. Paréceme que mis modestos estudios acerca de la Cataluña medieval o sobre Cerdeña prueban ser Cataluña matriz de las libertades políticas, la primera nación que practicó el *self-government* y el pueblo que consiguió la más perfecta sistemática de gobierno de que hay recuerdo en memoria de los hombres.

Esta equivocación de Prat de la Riba, secuela de su actitud europeizante, tiene reflejos en el libro de Vicens, muchas veces enfrentando unas páginas con otras. Es, tal vez, la clave de presentarnos a Cataluña en el marco de Occidente, no en el marco más recortado de las Españas, por esencia irrevocablemente antieuropeas; es lo que da pie a subrayar la transcendencia de la marca hispánica o a opinar que el hispanismo de Cataluña fué «ilusión hispánica despertada por los romanistas» (pág. 111). Con todos los respetos que varón de la talla de Vicens merece, esta afirmación puede ser válida para el lusitanismo portugués, pero para las Españas es redondamente falsa. El señor Vicens, maestro en historia de Cataluña, sabe mejor que yo cómo, por ejemplo, la idea de las Españas es el meollo de la concepción imperial de Ramón Muntaner, para quien los reyes de Aragón, Castilla, Portugal y Mallorca son *d'Espanya, qui són una carn e una sang*.

En este punto está mi mayor discrepancia con Vicens. Porque

¿para qué ir a buscar fuera lo que ellos, los europeos, nos copiaron antes a nosotros? ¿Para qué entusiasmarse con las libertades europeas de Inglaterra si lo que tienen de bueno es inferior a lo que de bueno había en la verdadera Cataluña? ¿Por qué despreciar lo propio, bobalicones de lo ajeno? Este error de los hombres de 1901 pesa todavía sobre la obra del profesor Vicens. Confío se libere de él en bien de todos, dejando de despreciar las grandes hazañas sociales e intelectuales de su pueblo. Y o, que sin ser catalán creo que la tradición de las libertades catalanas puede ser patrón de partida para las del resto de las Españas, lo deseo de todo corazón. Que solamente siendo muy catalanes, no ingleses, ni siquiera castellanos, es como los catalanes serán auténticos españoles.

Hago constar estos reparos con toda franqueza, porque amo la claridad y amo a Cataluña, doliéndome no se trate a la tradición de tan gran pueblo en toda su mayestática valía. Comencemos por reconocer que la verdad está en el retorno a nuestras esencias respectivas dentro del ámbito de las Españas y que el mal lo trajeron vientos huracanados o sutiles de la Europa siempre hostil. Mi único reparo al excelente libro de Vicens es que me hubiera gustado encontrarle más catalán, o sea, menos europeo y más hispánico. Que no tengamos que lamentar lo que lamentaba el mismo Maragall, con cuya cita cierra Vicens su libro:

*¡Quants amors abandonats
a les vores dels camins
van llançant desesperats
llurs aromes pels confins!*

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

FILOLOGÍA

VERSIFICACIÓN ESPAÑOLA

Joaquín Balaguer, universitario y político dominicano que desempeñó la secretaría de la Legación de su país en Madrid desde 1932 a 1935, considera modestamente el libro que reseñamos ¹ como «apuntes». En el prefacio insiste en el carácter personal y ensayístico de su trabajo. Como adelanto del mismo había publicado en el «Boletín del Instituto Caro y Cuervo» tres artículos: *Las ideas de Nebrija acerca de la versificación castellana* (I, 1945, 558-573), *Palabras con dos acentos rítmicos* (II, 1946, 277-288) y *En torno a un pretendido vicio prosódico de los poetas hispanoamericanos* (IV, 1948, 321-341). Ya Menéndez Pelayo señaló la necesidad de estu-

¹ BALAGUER, JOAQUÍN: *Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana*. Madrid, C.S.I.C., 1954 (Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica. Anexos de la «Revista de Literatura», núm. 13); 266 págs.